



Opinión

No es el planeta, somos nosotros y lo que le dejamos a quienes vienen

Cada 22 de abril repetimos el mismo ritual: hablamos del cuidado del planeta, compartimos mensajes verdes, prometemos pequeños cambios. El Día de la Tierra se ha convertido en una fecha cómoda, casi decorativa. Y, sin embargo, lo que enfrentamos no es una idea: es un futuro en riesgo.

No estamos fallando por ignorancia. Sabemos que el cambio climático avanza, que los ecosistemas colapsan y que el tiempo no juega a nuestro favor. Pero también sabemos (aunque incommode admitirlo) que el problema no es la falta de información, sino la falta de decisiones reales.

Hemos convertido el cuidado ambiental en un gesto individual de reciclar, usar menos plástico y tomar duchas más cortas. Todo eso importa y suma, pero es insuficiente frente a un modelo que sigue premiando la extracción sin límite, el consumo desmedido y la indiferencia estructural. Nos enseñaron a sentirnos responsables como individuos, mientras las grandes decisiones siguen ocurriendo lejos de nosotros, sin cambios de fondo.

Y aquí es donde esta fecha debería doler un poco más: no se trata solo de nosotros. Se trata de quienes todavía no están sentados en esta mesa. De

las futuras generaciones que heredarán no solo un planeta más caliente, sino también nuestras decisiones, nuestras omisiones y nuestras excusas. Mi hijo, tus hijos, nuestros nietos.

Hay algo profundamente injusto en eso. Les estamos dejando un mundo donde respirar será más difícil, donde el acceso al agua será más incierto, donde la estabilidad climática (esa que dimos por sentada) será un privilegio. También es un mundo donde la flora, la fauna y la funga están perdiendo equilibrio, donde especies desaparecen en silencio y ecosistemas completos se debilitan sin que siempre lo notemos.

Y, aun así, seguimos actuando como si el problema pudiera esperarse, como si siempre hubiera un mañana más cómodo para cambiar. Pero no lo hay. Ser críticos hoy no es ser pesimistas. Es, en realidad, el primer acto de honestidad que nos debemos. Es reconocer que no basta con "crear conciencia" cuando la conciencia ya existe. Lo que falta es voluntad, incomodidad, conflicto incluso. Porque cambiar de verdad implica tocar intereses, cuestionar hábitos y dejar de romantizar soluciones que no alcanzan.

Y, al mismo tiempo, hay que sostener algo más difícil todavía: el amor. Amor por quienes vienen.

Amor entendido no como una idea abstracta, sino como una responsabilidad concreta. Amar a las futuras generaciones es dejar de pensar solo en el corto plazo, es decidir hoy con alguien más en mente, es incomodarse ahora para no condenarlos después.

Quizás el verdadero sentido del Día de la Tierra ya no sea recordarnos que debemos cuidar el planeta. Quizás sea preguntarnos, con total honestidad, si estamos dispuestos a cambiar lo suficiente como para que ese cuidado sea real.

Porque la Tierra va a seguir existiendo. La pregunta es en qué

condiciones y para quiénes quedará habitable. Seguirá recorriendo su órbita, con sus corrientes marinas, la convección de su manto, el lento movimiento de sus continentes y sus vientos alisios. La Tierra seguirá. La duda es si nosotros, y quienes vienen, podremos seguir en ella.



Francesca Machiavello Narváez
Geógrafa y académica de Administración en Ecoturismo
Universidad Andrés Bello